

**ANNUNTIO  
VOBIS**

Iván de Santiago  
Carlos Gil de Gómez

Título: Annuntio vobis

Autores: © Iván de Santiago & Carlos Gil de Gómez

Edición: HiFer Editor

Impresión: HiFer Artes Gráficas - [www.hifer.com](http://www.hifer.com)

ISBN: 978-84-18289-06-4

Dep. Legal: AS-00647-2020



[www.elsastredeloslibros.es](http://www.elsastredeloslibros.es)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

*Se queda allí esperando, acomodándose el  
cabello con sus delicados dedos.*

*¿Esperando qué? Me gustaría saber.*

*Es agosto.*

*Mi vida va a cambiar. Lo presiento.*

*El gordo, RAYMOND CARVER*



*Por algún motivo, las palabras adecuadas  
siempre llegan demasiado tarde*

HARUKI MURAKAMI



# CAPÍTULO PRIMERO

IVÁN DE SANTIAGO

Todo empezó con aquella borrachera.

Ahora, con la perspectiva que solamente da el tiempo, único ente capaz de dotarnos de la capacidad de situar un acontecimiento en un momento determinado y mirarlo con retrospectiva, comprendía que todo comenzó el día que despertó de aquel desmadre en que se sumió con un grupo de amigos, recién egresados de la Universidad.

Quizá, si no hubieran obtenido su título, si no se hubieran embarcado en una loca celebración, si no hubieran perdido todos los estribos que a uno le hace perder la noche emborronada con tragos constantes y urgentes, nada de lo que ahora acaecía habría tenido lugar.

Pero el tiempo, ese que nos da la perspectiva y la mirada capaz de recordar lo que fue, también nos impide volver atrás, con lo que nunca ha tenido sentido llorar por el agua derramada. Nunca ha merecido la pena nada que no fuera mirar adelante, enfrentarse al toro que sale con el capote y la muleta, y acaso confiarse a los dioses en los que uno acierte a creer para confiar en que la tarde va a ser de gloria, pues para las tardes aciagas uno nunca se ha preparado lo suficiente.

Acabó su grado de Ingeniero Informático con unas calificaciones excelentes. El esfuerzo había sido grande, pero había merecido la pena. Tenía, bajo su brazo, un maravilloso título que le capacitaba en una profesión que llevaba siendo el futuro medio siglo, y que, afortunadamente, no parecía tener aún fin, pero sí presente. Un presente real, tan

alejado para aquellos que habían decidido confiar su futuro a las reconfortantes pero ingratas “Humanidades”, como las llamaban.

La Universidad Carlos III les organizó a toda prisa una especie de graduación en la que, los escasos titulados de ese año –no más de diez por promoción, lo que daba prueba de las dificultades de la carrera –recogían un documento, aún no oficial (este aún tardaría en llegar unos meses, pasando por el lento estómago de la burocracia ministerial) pero que reconocía que, ese 6 de julio, caluroso y frenético en Madrid, una docena de muchachos habían concluido sus estudios en la Escuela Universitaria de Informática.

Días antes, Manuel había prometido a sus amigos que lo celebrarían. Que, si el examen del 1 de julio, el último de ese último curso, le salía bien, podía decir que había acabado, al fin, y se irían unos días a Jávea. Carlos tenía un apartamento, propiedad de sus padres, en Jávea, un lugar lleno de turistas y preciosas extranjeras a las que perseguir en los calores de julio, pues los Méndez, la familia completa de Carlos, solamente iba cada mes de agosto.

Así que, ese mismo 6 de julio de 2020, tras recoger ese papel que le habilitaba como poseedor de un Grado en el Aula Magna de la Carlos III de Madrid, y comer con sus orgullosos padres y su hermana, Manuel recogió sus cosas y, con otros tres amigos, se subieron al coche familiar de Carlos. Su objetivo era cenar en el Puerto de Jávea y que la noche, el fin de semana, la semana posterior, y todo el tiempo que aguantase el dinero que llevaban consigo y que las tarjetas de crédito tuvieran a bien suministrarles, fuese un tiempo de los que uno recuerda toda su vida.

Pasaron una semana maravillosa. La playa, el Mediterráneo, las terrazas, los partidos de pádel, la horas de pausada lectura en la piscina, las chicas, las chicas, las chicas... En aquella casa cada uno amanecía cuando le apetecía, comía si tenía hambre, se duchaba si lo estimaba, se iba a la piscina a su albedrío, y, por la tarde, tras regresar de la playa, todos se ponían lo más guapos que podían para conquistar, una vez más, la noche veraniega del Mediterráneo español.



Fue el sábado 11 de julio el día de la borrachera. El día que, como ahora se encarga de recordar el tiempo que juega con ventaja, hizo que todo cambiara. La noche había comenzado con una estupenda cena en un restaurante típico, donde aquello que llamaban sangría y que mezclaba bebidas de las más diversas graduaciones y sabores acaso no combinables entre sí, hizo que salieran más alegres que de costumbre. De ahí se fueron a uno de los bares nocturnos de moda. Y, casi desde entonces, a Manuel, un chaval capaz de recordar combinaciones alfanuméricas integradas por doce variables, la memoria comenzó a fallarle. Todo fue un recuerdo difuso, de esos que han de confeccionarse poco a poco, a retazos de sombras, de chispazos, de música a alto volumen, de bebidas de sabores extraños, de cuerpos sudorosos cerca, muy cerca, de más música, de más bebida, de otras cosas que uno no recuerda o prefiere no hacerlo... De una noche eterna que en algún momento acaba.

La noche, para Manuel, acabó a las 12 de la mañana posterior, cuando un rayo cegador le indicó que debía abrir los ojos, aunque apenas podía. Tras más de dos minutos de luchar contra el dolor de cabeza que le impedía mover un solo músculo, logró adaptar la retina al torrente de luz que la iluminaba.

E intentó hacer una composición de lugar que no le cuadraba. No conocía la cama en la que estaba, no conocía la habitación que le circundaba. Se levantó, a duras penas, y caminó descalzo por una casa que le era desconocida. Con los ojos achinados por el sol que entraba por las ventanas llegó a una cocina que no era la de la casa de Carlos, y bebió agua durante más de tres minutos. Intentaba pensar a toda velocidad, pero su cabeza no funcionaba. Era un procesador averiado, pensó.

Miraba a su alrededor intentando buscar algo familiar, pero no lo encontró. Sus ojos eran incapaces de abrirse. Su mente era incapaz de procesar. Su boca era una pasta pegajosa con cientos de sabores que el agua era incapaz de eliminar.

De pronto, oyó unos pasos que se aproximaban a la cocina. No temió, como hacen los locos, los enamorados, los perturbados, los borrachos,

los enajenados. No temió, solo esperó, buscando a uno de sus amigos, a alguien que pudiese explicarle qué hacía allí, qué había pasado, porque su cuerpo quería morir en ese mismo momento, con cúmulos de dolores en lugares que jamás había sentido.

Una chica morena, con una camiseta blanca que dejaba entrever unos grandes pechos y que le tapaba las bragas, entró en la cocina, con el pelo cubriéndole el rostro. No dijo nada, más allá de un sonido gutural. Cogió el vaso de Manuel de su mano, abrió la nevera y lo llenó de agua fresca, en dos ocasiones.

Pareció volver a la vida con aquellos dos tragos. Levantó la cabeza y se apartó el pelo de la cara. Su voz cavernosa afirmó:

–Buenos días, Manuel. No pensé que ibas a poder levantarte hoy. La noche ha sido larga. Hacía años que no recordaba un amante como tú.

Quince minutos después, Manuel salía de aquella casa. El tiempo justo para vestirse con dificultad, cargar su móvil con el 10 % imprescindible para llamar a sus amigos y preguntar la dirección de su casa (mientras escuchaba sus risotadas de fondo), rechazar dos propuestas de sexo de aquel chico–chica con el que, al parecer, había pasado una noche memorable, y llamar a un taxi que le llevase a casa de Carlos.

Se sentó en el taxi y dijo la dirección.

Supo que todo había cambiado.

Aún no sabía cuánto.

## CAPÍTULO SEGUNDO

IVÁN DE SANTIAGO

Quizá si, al llegar al apartamento de Carlos, todo hubiera sido un mal recuerdo, habría sido distinto. El cuerpo de Manuel se movía con dificultad, acaso cautivo de una especie de resaca demoníaca como no había conocido antes. Su mente aún era incapaz de procesar en condiciones ordinarias. Solamente vagos recuerdos, un puño firme presionando su occipital y la sensación de que nunca iba a poder recuperar la capacidad de pensar con normalidad.

Desde que Richie abrió la puerta, con una sonrisa en la boca, comenzó un espectáculo de vejación que pretendía ser amistosa, pero no lo era. Manuel buscó un ibuprofeno y decidió tomarse dos al tiempo. Sus amigos, como era costumbre esos días, recuperaban el “trazado” de la noche anterior, si bien, en esta ocasión, Manuel era el único protagonista.

Así supo Manuel que habían llegado a *Burundanga*, una conocida discoteca, pasadas las cuatro de la mañana, cuando ya habían bebido mucho, y allí lo hicieron más. Que Manuel había conocido a un grupo de chicas y que una de ellas se había mostrado extraordinariamente receptiva a sus encantos. Que la siguiente vez que le vieron, estaba abrazado a ella bailando muy pegados una canción de reggaeton. Que todos, o todos menos Manuel, se habían dado cuenta de que era un hombre.

—¿Y por qué me dejasteis allí, cabrones?

–No te dejamos. Richie y Jorge fueron a por ti dos veces, pero te negaste. Luego te metiste en el baño con él... bueno con ella y tardaste un buen rato en volver.

Aquí fue cuando Manuel recordó cómo había consumido cocaína, por primera y última vez en su vida. En una especie de espejo que ella (o él) había sacado de un bolso.

–Y luego yo ya no te vi más. Desapareciste. Antes, viniste a la barra y pagaste dos copas, una para ti y otra para... bueno, la tuya se te cayó a la mitad antes de volver a la barra... ibas como un Mihura.

–Y te buscamos un buen rato, pero no estabas –dijo Richie–, esperamos hasta el final, por si habías subido al piso de arriba o habías salido y volvías, pero nada. A las 7 cerraron y nos echaron, y tú no estabas.

–¡Coño! ¿Y no podíais llamarme al móvil?

–¿Al móvil? Tendrás treinta llamadas de todos nosotros. A la primera pareció que contestabas y, desde entonces apagado, imposible.

Manuel recordó cómo Rebeca (Rebeca, ahora recordó su nombre por primera vez) respondió a aquella primera llamada y le dijo que lo apagara. Que no quería que les molestase nadie.

–Y, además, te vimos tan enamorado –dijo Richie.

Todo el grupo estalló en una carcajada.

–Espero que la boda sea pronto –rio Carlos.

–Me encantará ver a tu madre de madrina, tío –dijo Jorge.

Las chanzas continuaron durante horas. Manuel apenas iba recibiendo trazos en su dañado cerebro. Flashes de cosas que no sabía si había hecho o había soñado. Pidió tumbarse un poco.

–Si quieres, llámala, somos tus amigos, merecemos conocerla, estalló de nuevo Carlos antes de que Manuel lograra cerrar la puerta de la habitación.

Y Manuel empezó a recordar cómo llegó a aquella casa, cómo se desnudaron y persiguieron hasta la cama. Y cómo se despertó, avanzada la noche, o la mañana, o el medio día, y en la cama había otra persona más, y comenzó el mismo ritual anterior. Y cómo bebieron y fumaron, y volvieron a beber. Y amaneció eternamente. Y cuando volvió a amanecer, nada era ya lo mismo.

Al final de la tarde sacaron a Manuel de la cama y le obligaron a ducharse y vestirse. No quería salir a ninguna parte. Su cuerpo era un conjunto de dolores, estridencias, rencores hacia ellos y hacia sí mismo, y una ausencia absoluta de voluntad y fuerzas para todo lo que no fuera permanecer en aquella cama sobreviviendo a base de agua e ibuprofeno cada cuatro horas.

Lograron arrastrarle a la calle. Apenas pudo cenar. En su estómago pugnaban aún los restos de un combate demasiado reciente para olvidarse de repente, y el solo olor de la comida le obligó a esperar a sus amigos en un banco del parque frente al restaurante.

Por supuesto, ni se le pasó por la cabeza tomarse una cerveza o una copa. Les acompañó al primero de los bares y se fue entre los abucheos de sus amigos, que solamente le decían que había sido una noche dura, que una mala faena la tiene cualquier maestro, que se trataba de olvidar y correrse otra juerga que le hiciese arrumbar la anterior a un oscuro hueco de la memoria, que habían venido a celebrar su fin de carrera... pero nada le hizo detenerse.

Su cuerpo no tiraba apenas de él. Su mente funcionaba aún muy lentamente. Cada chispazo de la noche anterior añadía un puñado de sal a las heridas. Cada recuerdo era una arcada. Un mal sueño. Una pesadilla de la que no sabía cuánto tardaría en despertarse.

Seguía despierto cuando sus amigos regresaron al rayar el alba. Eran las 6 de la mañana, pero no había podido conciliar el sueño. Se había duchado a conciencia dos veces, intentando quitar con agua y jabón todo lo que le hacía sentirse sucio, incorrecto, erróneo, atribulado, pe-

saroso, arrepentido. Como si el agua y jabón pudieran limpiar el alma. O como si el alma de Manuel necesitase limpiarse de algo. Pero él así lo sentía.

Por eso, a la mañana siguiente, madrugó. Todos dormían. La casa era un horno con el sol golpeándola desde que sus amigos se habían metido en sus camas. Pero nadie abrió un ojo ni mutó su posición.

Dejó una nota en un post-it amarillo de publicidad de un supermercado. “Me voy, chicos. Gracias. Nos vemos en Madrid”.

Se fue a la estación de tren y cogió el de las 11.55. Al sentarse en su asiento sacó su teléfono del bolsillo y lo apagó para que sus amigos no le llamasen intentando convencerle de que se quedase.

Al apagarlo, volvió a recordar a Rebeca.

## CAPÍTULO TERCERO

IVÁN DE SANTIAGO

Disfrazó su inopinada vuelta a casa, ante sus padres, con disculpas más o menos plausibles acerca del calor, la superpoblación de la playa, el exceso de turistas, y el cansancio acumulado tras un largo mes de estudio. Sus padres tampoco preguntaron en exceso, confiados en que, efectivamente, una semana fuera habría sido suficiente y ahora Manuel solamente querría descansar.

Y eso fue lo que hizo. Dormir casi cuarenta horas del tirón, salpicadas de recuerdos difusos sobre aquella noche que le había provocado una zozobra interior que no recordaba haber padecido antes.

Tras esas horas de descanso, su mente pareció recobrar la lucidez que las drogas, el alcohol, aquella cama comunitaria y su huida al galope habían producido. Parecía que volvía a reencontrarse. Parecía que, al menos, podía pensar con objetividad.

Despachó los constantes mensajes de sus amigos inquiriendo sobre su estado anímico y realizando aún bromas sobre lo acaecido. Preguntando, obstinadamente, si estaba bien. Él contestaba que sí, que no quería salir en esos días, pero que todo iba bien. Simplemente argüía estar cansado. Era la objetividad la que comenzaba a mandar en su vida, de nuevo.

Esa objetividad que le llevó a convencerse de que todo había pasado, que las cosas ocurren de un modo arbitrario en ocasiones y que todos tienen en su vida una “noche loca” que desean olvidar a la mañana

siguiente. Que nada más quería saber de todo aquello y que llegaba el momento, mediado aquel mes de julio de calor infernal en Madrid, de ponerse a enviar currículos de su recién obtenido grado para comenzar a convertirse en un “hombre de provecho”.

Dedicaba las mañanas a acudir a la biblioteca pública, donde leía las ofertas de empleo, a navegar por internet buscando lo último de lo último que se requería en las empresas. A preparar cartas y enviar solicitudes a todos los lugares que solicitaban un conocimiento técnico informático.

Así, recuerda hoy, que pasó julio y agosto. Bibliotecas, curriculum, deporte, mucho cine de verano, y mucha lectura. Alguna excursión de fin de semana con sus padres, y el verano comenzó a teñirse de otoño, mientras la noche acaso solamente ganaba unos minutos cada jornada y la temperatura perdía unos grados.

Y un 2 de septiembre, todo volvió a cambiar en su vida. Como lo había hecho apenas dos meses antes, olvidados ya en un rincón de la memoria de los lugares a los que no se desea volver. Recibió una llamada en su móvil.

Una empresa que decía llamarse “NAT SECURITY” deseaba hacerle una entrevista. No recordaba haberles mandado su curriculum, pero sin duda lo había hecho, porque conocían a la perfección los particulares de su formación, sus calificaciones, su experiencia en programación, sus estadias veraniegas internacionales ...

Manuel iba a decir que sí con mucha anterioridad a que le explicaran lo que querían de él para el período de selección, pero al oírlo ya no vaciló un segundo. El proceso de selección tendría lugar en Galicia. Le enviarían por mensajero unos billetes de tren o autobús, lo que prefiriese, para Santiago de Compostela, donde alguien de la empresa le recogería, junto con otros aspirantes del proceso selectivo, para llevarle al lugar del mismo.



Le anticiparon que esta fase del proceso duraría tres días, y que les alojarían en un hotel con pensión completa, pero debía mostrar su conformidad y disponibilidad contestando al correo electrónico que indicaban le mandarían minutos después de la conversación y que Manuel sintió entrar en su buzón por la vibración del teléfono mientras aún su interlocutora se despedía.

Manuel aguardó a llegar a casa para abrir su portátil y deleitarse con lo que era su primera oferta de trabajo. Indicaba que el siguiente día 8 de septiembre debía presentarse en Santiago de Compostela, viajando por tren o autobús a costa de la empresa (o por sus medios si lo prefería) donde sería recogido a las 15 horas por un vehículo de NAT SECURITY a fin de participar en el proceso de elección de candidatos.

Tres eran los puestos ofertados y el proceso de selección consistiría en exámenes tipo test durante la tarde del primer día del proceso; psicotécnicos y pruebas de habilidad durante el segundo; prácticas, entrevista personal y seminario conjunto el tercero de ellos. A continuación, sería conducido de nuevo a Santiago, donde tenía el billete pagado a Madrid para su regreso.

Aún leía los detalles de aquella extraña y ambiciosa oferta selectiva cuando su madre entró en su habitación para decirle si iba a cenar con ellos. Enterada de la buena nueva, saltó, se rió, le felicitó, y compartió con su padre lo que sin duda era una excelente noticia.

Durante la cena, ambos se empeñaron en quitarle presión. Era solo un proceso selectivo, el primero de muchos que sin duda habría de atravesar, y no querían que se ilusionase en exceso ni cayese en el derrotismo si, como era previsible, al ser su primera oferta como recién licenciado, al final no cuajaba.

Manuel les explicó que no pasaba nada, que ya era un premio que le hubiesen llamado, y que iba tres días a conocer lo que era una selección de personal y sin duda aprendería mucho para el futuro. Su padre le indicó que debía de ser una gran empresa y un buen puesto pues el

modo de seleccionar era “a conciencia” y que sin duda debía sacar todo lo que pudiese de aquellos días en Galicia.

Sus padres se ofrecieron a llevarle en coche. Hacía más de veinte años que no visitaban Santiago de Compostela y su padre decía que una visita al Santo nunca hace daño, pero Manuel prefería ir en los medios que le daba la empresa. Decía que quería vivir la experiencia desde el comienzo y vivirla intensamente, lo que conllevaba, sin duda, salir de su casa solo, para intentar lograr algo de aquello que le había caído del cielo.

Su padre llamó a su abuela, su madre a su tía, su hermana le miraba con envidia... todos estaban muy satisfechos de que Manuel hubiera sido, al menos, preseleccionado, apenas dos meses después de concluir sus estudios. Manuel no llamó a nadie.

Pensó que, el día antes de irse, mandaría un Whatsapp a su grupo de amigos diciendo que le habían hecho una oferta para un proceso de selección y que se iba tres días a Galicia. De momento no era nada, así que si no tenía que albergar esperanzas, como decían sus padres, tampoco había lugar a crearlas entre sus amigos.

Buscó por Internet, esa noche, datos de la empresa. Encontró muy pocas cosas. Se decía que era una empresa especializada en seguridad informática –una de las grandes pasiones de Manuel –y que se decía que prestaba servicios a grandes corporaciones, ayuntamientos, comunidades autónomas e incluso en muchos países extranjeros. Pero su verdadera distinción era la prudencia y el secreto profesional. Nada acerca de sus dueños, de su CEO, de su Consejo de Administración.

Una página web sencilla, con datos de localización en una dirección de un polígono industrial de Santiago de Compostela, una oficina en Madrid y una en Barcelona. Un teléfono de contacto y, para cualquier gestión o encargo a la empresa, un modelo de correo electrónico y un trato personal en todas las ocasiones.

Eran las dos y veinte de la mañana cuando Manuel revisó por quinta vez los currículos enviados, buscando el que había enviado a NAT SECURITY, sin hallarlo. Pensó, vencido por el sueño, que quizá no fuera tan ordenado como creía, o que sería de los enviados al comienzo de sus labores de búsqueda de empleo, cuando no pensó en almacenarlas y ordenarlas.

No era importante. Ya le habían llamado. Apagó el ordenador y se acostó.

Quizá fue la primera noche, en los últimos meses, que no pensó en la madrugada del 11 de julio.

Y con eso ya era suficiente para que todo mereciera la pena.

Al menos, eso creía.



## CAPÍTULO CUARTO

IVÁN DE SANTIAGO

Subió, la mañana del 8 de septiembre de 2020 a un autobús que, saliendo de Madrid a las 6.35, si todo iba bien, le dejaría en el centro de Santiago de Compostela a las 13.45, con un margen de una hora y cuarto para acudir al lugar donde iba a ser recogido junto con otros aspirantes, tal como le habían indicado en el mail.

El viaje fue tranquilo. Las paradas, las imprescindibles. Durmió, leyó, vio una película que proyectaron y otra que se había descargado en la tablet. Consultó las últimas noticias (su padre le dijo que tenía que saber bien qué estaba pasando en el mundo, porque siempre esas pruebas tenían mucha política internacional) en su teléfono móvil y, cuando quiso darse cuenta, vio un cartel que indicaba que la capital de Galicia ya estaba a 50 km.

A las 13.53 llegó a la estación de autobuses y buscó la ubicación del lugar en que le habían dicho que le recogerían en una hora. La Praza de Cervantes era relativamente céntrica. Su teléfono le indicó que llegaría en 12 minutos caminando. A las 14.20 se encontraba en una cafetería frente a la plaza comiendo un pincho de tortilla y tomando un estupendo café.

A las 15 horas, ni un minuto antes, un vehículo grande, negro, aparcó momentáneamente delante del lugar donde Manuel debía estar para que le recogieran, conforme a las instrucciones recibidas. Era un Skoda grande, lujoso podría decirse, parecido a los que habitualmente utilizaba Uber o Cabify.

Un conductor de traje oscuro se bajó del vehículo, y amablemente dijo el nombre y el primer apellido de Manuel, a lo que este asintió, mientras le recogía la maleta y se la colocaba en el inmenso maletero del vehículo. Manuel se subió en la parte trasera y el conductor le preguntó si estaba bien la temperatura del vehículo, a lo que Manuel asintió de nuevo, y si quería música o prefería noticias, escogiendo Manuel la segunda opción.

El coche salió de Santiago por la AP 9 y parecía que tomaba la dirección de Vigo, por los carteles que Manuel podía observar a través de la ventanilla.

—¿Puede contarme algo de la empresa o del proceso selectivo, por favor? La verdad es que tengo muy pocos datos.

El conductor no respondió. Manuel repitió la pregunta.

—La verdad es que no puedo decirle nada de lo que me pregunta, porque no tengo ningún dato para aportarle. Mi labor es solamente recogerle y llevarle al destino que me han indicado, pero no pertenezco a la empresa que contrata el transporte, si es lo que me pregunta, así que poco le puedo decir...

Manuel se quedó pensativo.

—Pero, ¿al menos sí podrá decirme dónde me lleva, verdad? Eso sí lo sabe.

El conductor vaciló.

—Sí, eso sí lo sé. Al gran Hotel de La Toja. No es un mal lugar, caballero.

Alargó hacia el asiento de Manuel un papel donde decía la hora y lugar de recogida e indicaba como destino: “Gran Hotel A Toxa, Pontevedra”

A las 15.58 minutos, dos antes de la hora que indicaba el papel que Manuel había ojeado como hora de llegada, el chófer aparcó delante de un enorme edificio que daba directamente a una ría, o al mar, por-

que Manuel aún no lo sabía. Un sol radiante iluminaba el lugar, y se reflejaba sobre el agua. El chófer abrió la puerta de Manuel y le cogió la maleta. Le acompañó a recepción y habló con el recepcionista brevemente. A continuación, volvió hacia Manuel, le pidió que se acercase al mostrador y se despidió de él.

Manuel se acercó a recepción. El chico tras el mostrador le dio la bienvenida y le entregó la llave de su habitación. Le dijo que estaba en la segunda planta, y que disponía de treinta minutos libres. A las 16.30 se le rogaba que estuviera en el Salón Arosa 1, donde le esperarían unas personas.

Manuel fue a su enorme habitación y pasó los siguientes treinta minutos admirando un espacio de aproximadamente 80 m<sup>2</sup> que al parecer eran para él solo. A las 16.25 se encaminó al Salón Arosa.

A la puerta había una chica con una carpeta que le invitó a pasar. Dentro, un caballero, que se levantó y le dio la mano, identificándose como José Manuel Menéndez, le invitó a sentarse en la primera fila. El salón era grande, y había unas 20 filas de sillas de largo por 7 de ancho aproximadamente. Solamente una persona, un chico que apenas levantó la cabeza de lo que estuviera haciendo, escribía a la mitad de las filas de sillas.

José Manuel Menéndez le explicó que en ese mismo momento iba a comenzar las evaluaciones. Le entregó los tres primeros exámenes. Le indicó que eran tipo test con una sola respuesta correcta, o bien con una respuesta corta, de no más de cinco palabras. Los errores no penalizaban, y no tenía tiempo límite para su realización. Él estaría allí para cualquier duda que tuviera.

Se sentó en aquel pupitre en torno a las cinco menos cuarto de aquel día de septiembre y volvió a levantarse hacia las nueve de la noche. En las dos ocasiones anteriores que lo hizo momentáneamente fue para hacer dos consultas sobre dos preguntas dudosas al Sr. Menéndez que, amablemente, le indicó que no tenía ni idea sobre las materias del

examen, que simplemente podía ayudarle en cuestiones en torno a su realización.

A las 9 entregó el examen y el Sr. Menéndez le indicó que al día siguiente debía estar de nuevo allí a las 8 de la mañana. Podía cenar en el Hotel a la carta (se permitió recomendarle pescados de la ría) y desayunar al día siguiente, así como pasear por el entorno del hotel que era realmente precioso.

Manuel cenó a las 10 de la noche, salió a dar un breve paseo y se fue a la cama. Miles de números bailaban en su mente, y enlaces con flechas, y capitales de América Meridional, y raíces cuadradas, y... se quedó dormido pronto, ante el cansancio acumulado.

A las 7 de la mañana le llamaron desde recepción. Una ducha y un desayuno frugal fueron el prelude de un día de 12 horas de nuevas pruebas, entre las que hubo una entrevista ante tres personas, una clase magistral, otra sobre un tema desconocido y veinte minutos de duración (los enlaces de protones, nada más y nada menos) que debía compendiar y resumir en dos folios al concluir y una particular prueba en la que debía reconocer canciones con los primeros acordes y que, sin duda, fue la que más disfrutó.

Esa noche, al ir a cenar, buscó a otros que estuvieran en su misma situación. Desde el momento en que el chico que había visto el día anterior entregó su examen, no vio a nadie más en el aula. Entraron y salieron varias personas, profesores que participaron después en la entrevista o la clase, pero ningún aspirante más. El comedor, a la cena, estaba muy poblado. Era la primera quincena de septiembre y los estertores del verano hacían que el hotel aún tuviera mucha afluencia de gente. Según le contó un camarero, a partir del 1 de octubre todo cambiaba radicalmente y la Isla se despoblaba.

El tercer día de pruebas consistió en brainstorming, dramatizaciones, role playing, y algunas técnicas pedagógicas que Manuel había ojeado en alguna revista o leído en algún artículo especializado, y que ahora



agradecía conocer. Con la técnica Philips 6/6 le enfrentaron a uno de los profesores dando argumentos en contra y a favor de la eutanasia y, a continuación, en posiciones inversas, sobre los datos que Google o el resto de servidores de internet tiene de cada uno de nosotros.

Cuando el día ya expiraba, lo cual Manuel sabía porque el sol se ponía rojizo y comenzaba a caer sobre el agua dejando que una preciosa luz entrase en aquel salón situado magníficamente, se le planteó un complicado problema de patentes robadas a la competencia, para decidir si deberían ser registradas a nombre de la compañía NAT SECURITY, simplemente usadas sin dar noticia, o denunciado su robo a las autoridades.

A las 22.15 de ese 10 de septiembre, Manuel recibió la felicitación de todos los que habían participado en el proceso selectivo esos tres intensos días.

–Señor Del Campo, ha hecho usted un gran trabajo. Queremos felicitarle por estar a la altura de la intensidad que sabemos tienen estos tres días. No es ninguna admisión ni mucho menos, pues como comprenderá, los resultados de las pruebas han de ser examinados por muchas personas, superiores a nosotros, pero sí queremos agradecerle el tiempo y el esfuerzo realizado.

Manuel agradeció, del mismo modo, que le hubieran permitido participar en el proceso selectivo, dijo haber aprendido mucho y confiar en que las personas que tuvieran que examinar sus pruebas las encontrasen adecuadas para darle el trabajo. Se despidió dando la mano a cada uno de los miembros de aquel “tribunal”.

Cenó una dorada a la espalda con dos copas de albariño y, cuando iba a irse a la cama, preguntó a la camarera si sería posible tomarse un gintonic en la terraza.

La noche concluyó con la vista sobre la ría y la mente de Manuel vagando por todo lo que le había pasado en los dos últimos e intensos meses de su vida.



## CAPÍTULO QUINTO

IVÁN DE SANTIAGO

Manuel regresó a Madrid y contó a sus padres todo lo que había visto en aquella isla, que le había parecido preciosa. Se vio con sus amigos, que ya no hacían bromas sobre lo ocurrido en Alicante, y recibió un par de llamadas más de las ofertas de empleo en las que había participado. Una de ellas era para marcharse a trabajar a Rusia, y la rechazó, y otra para un taller de recambios de automóviles que vendía a gran escala por internet y necesitaba a alguien que estuviera pendiente de los ordenadores desde los que se hacían las ventas por teleoperadores. Manuel también la rechazó amablemente e incluso se permitió sugerir a la persona que le había llamado que para él sería mejor tener externalizado ese servicio, con una empresa que le garantizase su presencia en una hora desde cualquier incidencia, que asumir los costes laborales y fiscales de un trabajador en plantilla. Su interlocutor le agradeció sinceramente la sugerencia.

La llamada definitiva llegó el 2 de octubre. Una persona, que se identificó como Javier Estelada, consejero de NAT SECURITY, indicó a Manuel que los resultados de sus pruebas les habían sorprendido muy gratamente, que creían que podría encajar en un equipo que estaban creando en ese momento y que, finalmente, le gustaría tener una reunión con él.

Manuel casi salta de la silla con lo que le fue contando. Le dijo que por supuesto, que le dijera dónde tenía que estar y qué día, que allí le tendría, por supuesto.

–Bien. Me encanta que te ilusione el proyecto.

–Mucho, señor, se lo digo sinceramente.

–Espero entonces que podamos llegar a un acuerdo.

–Seguro que sí, no lo dude– se entregó Manuel,  
Javier Estelada rio sinceramente.

–Bueno bueno, no corramos demasiado. Todas las cuestiones relativas al futuro tenemos que verlas ambos, y tiene que gustarte el proyecto que te vamos a proponer.

–Ya le digo que sí –insisto.

–Bien, esa pasión es parte de lo que necesitamos, sin duda. Una cosa más.

–Dígame, por supuesto.

–Me gustaría que a la entrevista vinieran tus padres contigo. Sabemos que eres mayor de edad, pero valoramos muy sinceramente que las familias de nuestros trabajadores conozcan los proyectos en los que nos embarcamos.

–Claro, irán conmigo.

–¿Me autorizas entonces a que llame a tu padre ... Ricardo se llama, verdad?

–Sí, claro, llámele.

–Gracias. Las instrucciones te las enviarán a tu correo electrónico, como la ocasión anterior, si te parece bien.

–Por supuesto. Gracias.

–De acuerdo. Nos vemos entonces en unos días, Manuel. Un saludo y gracias por tu tiempo.

–A usted, a ustedes... a la empresa –balbució Manuel.

Colgó el teléfono y salió corriendo hacia la cocina para contárselo a su madre. No estaba. Seguro que había salido de casa momentáneamente a hacer algo. Regresó a su habitación, para llamar a su padre. Comunicaba. Seguro que estaba hablando ya con el señor Estelada.

Manuel pensó que no recordaba haberle dado el teléfono de su padre. Quizá lo hubiera incluido en su curriculum o quizá se lo habían pedido en alguna de las cientos de pruebas que contestó el fin de semana de La Toja. Sí recordaba tangencialmente que se le había preguntado por su estructura familiar en un ejercicio, pero no los detalles concretos.

Mientras pensaba eso, su padre le devolvió la llamada.

–Enhorabuena, hijo.

–¿Te han llamado ya?

–Sí. Javier Estelada, un señor muy amable que me ha contado los excepcionales resultados de tus pruebas y que están muy interesados en ti y quieren que te acompañemos a la entrevista.

–Sí, eso me ha dicho. Ahora me mandará la información.

–Ya la tienes. Me acaba de llegar a mí el correo y estamos ambos como destinatarios. No lo he abierto. Quiero que lo abras tú y luego ya nos cuentas en casa. Tu hermana estará hoy porque no tiene entrenamiento de Voleiball así que nos veremos todos para cenar.

–Estupendo. Luego nos vemos y nos contamos.

–¡Claro que sí! Y enhorabuena de nuevo, Manuel. Ya es un éxito haber llegado aquí.

Se conectó a su portátil. Allí estaba el correo electrónico remitido por [j.estelada@natsecurity.es](mailto:j.estelada@natsecurity.es). Le citaban para el 15 de octubre en la Isla de Arosa, Pontevedra. Se le facilitaba una calle y un número, sin piso.

Allí, según le indicaban, mantendrían un encuentro personal para “conocerse, charlar sobre el proyecto, debatir el interés mutuo en cola-

borar, y, en su caso, poder comprometerse para el futuro”. En todo caso, seguía el correo, “si nuestro acuerdo no prospera, siempre podremos compartir una buena mesa de marisco y vino albariño para celebrar habernos conocido.”

Estaba claro que la empresa tenía raíces gallegas o, al menos, que-  
rencia por esa tierra. Manuel había oído remotamente hablar de la Isla  
de la Toja, pero nunca antes de la Isla de Arosa. Tuvo que buscarla en  
internet para poder comentar con sus padres y su hermana, al menos,  
algo de su situación geográfica.

Allí supo que la isla se independizó de Villanova solamente en el año  
1997 y que incluso en la segunda república española se proclamó una  
República Federal de la Illa de Arousa, que solamente duró unas horas.  
Que tenía unos 6000 habitantes y que hasta 1985 que se construyó el  
puente que la unió con el continente era una isla de verdad, a la que so-  
lamente se llegaba en barco y donde sus pobladores vivían, fundamen-  
talmente, de la pesca. Ahora se había convertido en un paraíso turísti-  
co, en el período del 1 de junio al 30 de septiembre, según indicaban  
varias páginas de la Xunta de Galicia, si bien, a partir de dicha fecha, se  
convertía en un paraíso tranquilo hasta el siguiente verano. Manuel se  
percató de que había sido citado el 15 de octubre, fecha de tranquilidad  
aparente, pues, según leyó, la zona de las Rias Baixas decaía un 92 % en  
ocupación a partir de la Festa do marisco que se celebraba tradiciona-  
lmente en O Grove el puente del 12 de octubre.

Todo esto lo compartió con sus padres y su hermana durante la cena,  
y todos se mostraron muy satisfechos de ir a Galicia un fin de semana  
para la entrevista de Manuel y la familia. Su padre ya había reservado  
un hotel cercano, para aprovechar el fin de semana y conocer la zona.

Ambos le dijeron que debía mostrarse tranquilo, tal como era, y no  
dar una impresión falsa. Que, del mismo modo, ellos valorarían con  
él si la oferta laboral era interesante, porque no podía irse a trabajar a  
Galicia, como parecía, con un sueldo misérrimo teniendo que pagarse  
el alojamiento y la manutención. Que todos ellos eran aspectos impor-

tantes a valorar y que lo harían juntos, los cuatro, una vez que se hubieran entrevistado con el Sr. Estelada. Pero que sin duda la idea era muy bonita, “apasionante” se atrevió a decir su padre, que siempre tenía la prudencia y la contención en las expresiones como premisa.

Esa noche, sin saber el motivo, Manuel supo que quería aceptar aquella oferta, que quería trabajar en NAT SECURITY.

No tenía ni idea de lo que iba a encontrarse.

No sabía que, desde el 11 de julio, su vida había cambiado.

Y ahora, iba a hacerlo aún más.

